



Roberto Blancarte

## El arzobispo y sus aliados

En la ofensiva del arzobispado de México contra el matrimonio entre personas del mismo sexo y la posibilidad de que éstas adopten, uno de los aspectos más notables ha sido la manera en que éste ha presentado supuestas o reales alianzas, para luchar contra las reformas. El arzobispo ha querido presentar sus posturas como si fueran las que encabezaran un amplio frente religioso. Y sin embargo, a pesar de que está claro de que la nueva legislación libertaria del Distrito Federal no es cabalmente comprendida ni aprobada por la población mexicana, tampoco queda claro que todo mundo, incluso dentro del mundo conservador, quiere apoyar a Norberto Rivera. Las razones son múltiples. Es muy notorio, por ejemplo, que el episcopado católico mexicano no ha tenido un pronunciamiento público respecto a las reformas que permiten el matrimonio entre homosexuales. No me cabe duda que la enorme mayoría de los obispos católicos mexicanos se opone a dichas reformas. Pero, por prudencia ante las leyes mexicanas, porque no están de acuerdo con el estilo mediático del arzobispo o porque no quieren ser asociados con su figura, lo cierto es que, salvo uno o dos jerarcas, mucha solidaridad no se ha visto. Algunos argumentarán razones jurisdiccionales, porque finalmente es a la arquidiócesis de México a la que le corresponde lo que sucede en el Distrito Federal. Pudiera también haber razones de táctica o estrategia, ya que a los obispos católicos les ha resultado mejor volver a los tan vilipendiados encuentros "nicodémicos", es decir en lo oscuro, con los gobernadores estatales. El cerco conservador que le han creado al Distrito Federal y que los propios gobernadores perredistas no se han atrevido a romper, es prueba de ello.

Más llamativo aún ha sido el supuesto apoyo de iglesias evangélicas al arzobispo de México. No tanto por cuestiones de moralismo conservador, en lo cual algunas Iglesias

evangélicas se han distinguido, siguiendo la influencia de algunas confesiones estadounidenses, sino por la historia particular de relaciones que ha habido entre la Iglesia católica mexicana y las diversas "disidencias religiosas". Durante mucho tiempo y hasta hoy, para la Iglesia católica, las otras denominaciones cristianas no han sido "iglesias", sino "sectas", con toda la carga peyorativa que esta definición podía tener. La Iglesia católica llegó incluso a consagrar algunas congregaciones religiosas para que las combatieran. Esto no es algo que haya desaparecido. Todavía hace algunos meses el Papa reiteró la tesis de que "fuera de la Iglesia (católica por supuesto) no hay salvación", y en México, salvo honrosas excepciones, la competencia por el mercado de bienes de salvación no se da en un marco de tolerancia y respeto, sino de suspicacias, prejuicios y condenas. El ecumenismo entre cristianos es un camino que, salvo honrosas excepciones, no se ha recorrido en México.

Así que esta repentina alianza entre la Iglesia católica y las iglesias evangélicas no sólo es políticamente antihistórica y pastoralmente dudosa, sino doctrinalmente cuestionable. Las iglesias evangélicas privilegian la libertad de conciencia y la relación directa del creyente con Dios. En términos generales, se oponen a que una dirigencia sea la única intérprete de Dios en la búsqueda de salvación. Por ello no existe un papa evangélico o algo que se le parezca; prevalece un modelo eclesial mucho más democrático. Esa es la razón por la cual no se puede hablar de una alianza entre la Iglesia católica y las evangélicas; existirán algunas que coincidan, pero siempre habrá otras que no lo harán y dentro de ellas las opiniones siempre serán plurales, porque nadie puede decirle

Continúa en siguiente hoja



a otro cómo debe salvarse. Es también por ello que ninguna confraternidad o alianza evangélica puede ser la representante de todos.

Conscientes de su distancia frente a la Iglesia católica, los evangélicos se dicen generalmente defensores del Estado laico, reniegan de la idea de un

Estado confesional y dicen no querer imponer la doctrina cristiana. Alegan respetar la opinión de todos, mayorías y minorías. Y sin embargo, no parecen defender mucho el espíritu de la laicidad, uno de cuyos pilares es precisamente el respeto de las minorías, incluidas las que lo son en materia de preferencia sexual. La gran tragedia del mundo evangélico actual, sobre todo en el caso mexicano, es que ha olvidado sus

orígenes como creyentes perseguidos y la razón de ser de un Estado laico, que fue el que los protegió y les permitió sobrevivir en una sociedad que se asumía católica y dejaba pocos espacios para la disidencia y la pluralidad religiosa. Y ahora que los evangélicos comienzan a tener carta de ciudadanía, para asumirse como mexicanos con plenos derechos, lo primero que hacen es negarle esos derechos a otras minorías. Aunque quieran mantener su distancia, en la práctica le estarán haciendo el juego a la jerarquía católica; esa que los persiguió durante siglos. El arzobispo, ahora que los necesita, quizás comenzará a decir coyunturalmente que México es un país cristiano. Pero en cuanto obtenga lo que quiere, se olvidará de sus aliados incómodos y seguirá sosteniendo que la identidad nacional es

católica. ■M

blancart@colmex.mx

**La repentina alianza entre la Iglesia católica y las iglesias evangélicas no sólo es políticamente antihistórica y pastoralmente dudosa, sino doctrinalmente cuestionable**

